

tiva. Casi siempre, nos aconsejarán hacer después un pequeño reposo. Cuando nó, nos mandarán hacer inhalaciones, gargarismos; beberemos con nuestra más solemne formalidad unos pequeños vasos de agua milagrosa que — a lo mejor, señores—, nos servirán unas camareras muy lindas. O soportaremos el suplicio de las mangas que nos azotan el dorso sin compasión mientras que nos pone al borde del colapso la fría ducha que nos cobija como un paraguas. Y mientras tanto, nos reuniremos, cuantas veces nós sea posible, a tomar unas copitas acompañadas de unas sardinas a la parrilla; aderezadas con buenas lonchas de tomates si no son, a lo mejor, — a lo peor, digo yo— de buen chorizo picantillo sin que se rehuya, para nada, la promiscuación de toda suerte de mariscos. Claro es que si esto no se hiciera, al cabo de pocos años, la humanidad estaría redimida de sus lacras físicas; pero, convengamos que casi es una suerte tener el bazo hecho harina porque, de otra manera ¿cómo íbamos a conseguir podernos alejar de nuestras respectivas costillas para tirar al aire la única cana que conservamos, por un milagro, sobre el occipucio? ¿Y el placer de sentirse enfermo, curar y volver a las andadas?

Pero, amigos míos; todavía nos queda un último recurso: podemos ir al mar. A este fin, veremos lo que más nos conviene, si las aguas azules y tranquilas del Mare Nostrum o las embravecidas del Atlántico. En el sur, es muy posible que acaso gocemos de más paz, quiero decir de más tranquilidad, porque las playas, como los naturales, parecen estar fuertemente impregnadas de todos los episodios de nuestra latina civilización. No hay que olvidar que los bárbaros nos vinieron del norte. Pero, en el norte, también estaremos a gusto. Sus vinos ágricos que maduran sin sol, sus sidras, su chacolí, nos harán apetecer los sabrosísimos mariscos del Cantábrico. Engulliremos sabrosos trozos, así de carne como de pescado, y admiraremos a sus hombres y a sus mujeres tan bien criados. En ambos sitios, nosotros, los hombres de tierra adentro, nos embelesaremos contemplantando el inefable espectáculo del mar. Nuestros ojos no se separarán del movimiento continuo de sus olas que van a estrellarse sobre los acantilados de donde, en furiosa catarata de espumas, vuelven a los amorosos brazos del océano.

Aquí, como allí, nos traerán las aguas en movimiento muchas dulces nostalgias si recordamos que hubo días gloriosos en los que nuestra raza aventaba a los cuatro vientos su semilla viril y generosa.

MARIANO E. CARDENAL

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

MELODIA

NOCTURNO

La luna trenza en el cielo, el galán piensa ofrendarla.
con las estrellas, la danza Tejiendo, en hilos de luz
de la ronda de los siglos y perlas de madrugada,
que, inmutable, nunca acaba... a la novia de sus sueños
el velo de desposada.

Un lucero enamorado,
el de la luciente capa, La luna dormida
ha dejado de bogar ya no piensa en nada.
por los mares de la nada Ni escucha a luceros
para trepar al balcón que dan serenatas
de una nube solitaria con versos de luz
a decirle madrigales y música ingrátida.
a Salena, la enigmática. ¡Todo se ha dormido
en la noche blanca...!

Con polvo de nebulosas —El viento que arrulla,
se está empolvando la cara. el agua que salta,
los ojos que miran,
la risa que estalla—
El lucero soñador ¡Todo se ha dormido
está cortando brazadas en la noche clara...
de lirios, nardos y rosas menos el lucero,
que roba al jardín del alba. —de luciente capa—,
Y con ellas va formando que sueña y que rima
la luminosa guirnalda velando a la amada...!

«AMENOFIS»